

Mirada Pública
Nº38

INSTITUTO[®]
RESPUBLICA
irp

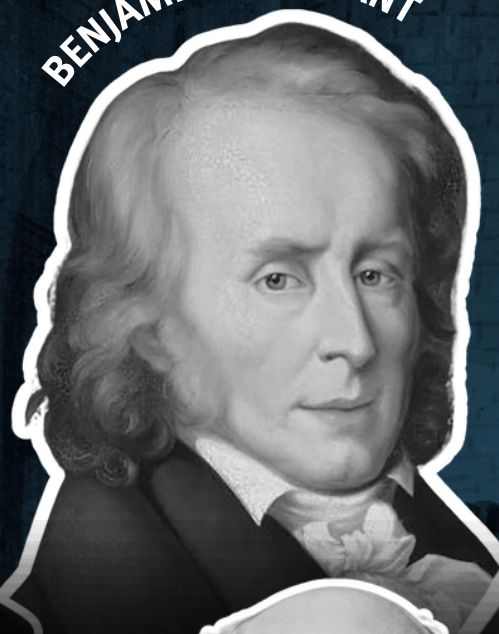
MIRADA CRÍTICA Nº 2

REVOLUCIÓN FRANCESA

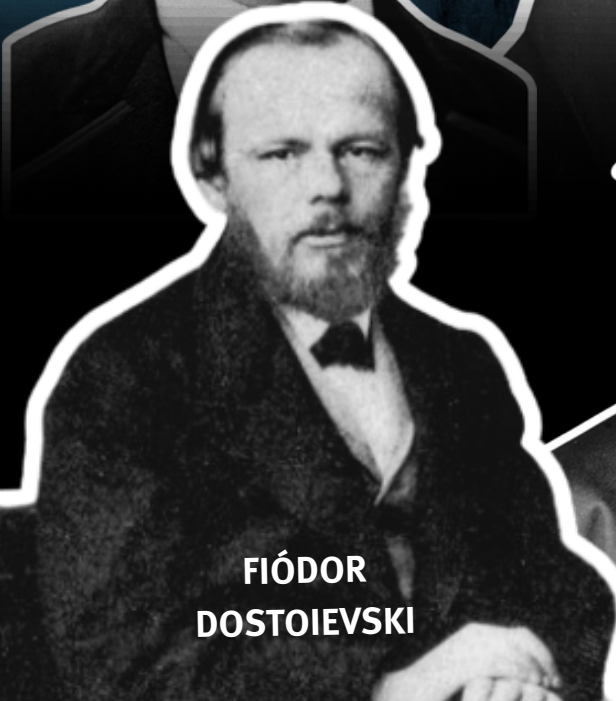
FRIEDRICH NIETZSCHE



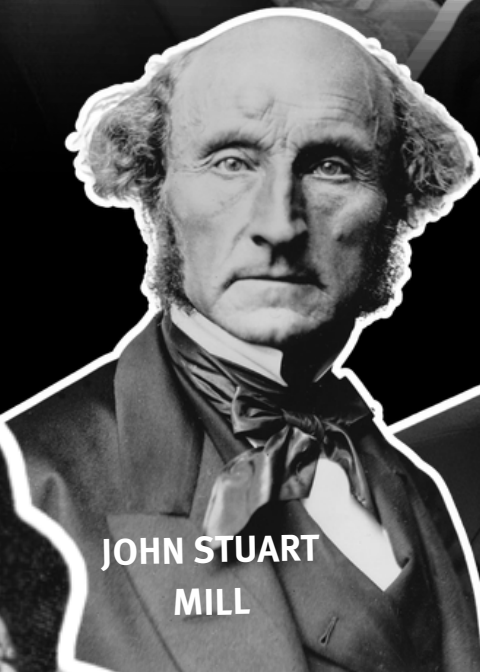
BENJAMIN CONSTANT



JOHANN WOLFGANG VON GOETHE



FIÓDOR
DOSTOIEVSKI



JOHN STUART
MILL



ALASDAIR
MACINTYRE

La toma de la Bastilla, acontecimiento histórico del cual este 2026 se cumplen 237 años, marcó el inicio de uno de los procesos históricos más relevantes y polémicos de la Historia, la Revolución Francesa.

La Revolución Francesa fue, sin lugar a dudas, un hecho crucial de la Modernidad; acontecimiento que trajo consigo una serie de cambios políticos. Sin embargo, lo cierto es que desde el primer momento, tanto dichos cambios como los medios que se emplearon para llevarlos adelante, han sido reprochados por una gran cantidad de autores posteriores a lo largo de la historia. En el presente ensayo, expondremos, pues, las miradas críticas de seis de dichos autores, decimonónicos en su gran mayoría: Constant, Dostoievski, Goethe, MacIntyre, Nietzsche y Stuart Mill.

La literatura señala que, o bien los autores critican los ideales de la revolución y toda su ejecución, o bien critican solamente el período jacobino o Régimen del Terror. Ahondaremos tanto en la primera como en la segunda línea, considerando los escritos revisionistas de este proceso histórico de la Modernidad.

Resulta necesario añadir un breve esbozo acerca del principal filósofo que inspiró la revolución, a saber, Jean-Jaques Rousseau. Este famoso autor francés se hizo conocido por sus nociones del *contrato social*, la *voluntad general* y el *buen salvaje*. Asimismo, tuvo una gran influencia no solo en política, sino también en el ámbito de la educación.¹ Evidentemente, su visión no está exenta de críticas. Muchas de ellas encuentran su origen como una respuesta al hecho de que Rousseau inspiró a los partidarios de la revolución. En lo que sigue, tendremos en consideración estas ideas.

Crítica generalizada

El célebre autor ruso Fiódor Dostoievski, entre cuyas obras se encuentran los textos literarios canónicos *Los hermanos Karamazov* y *Crimen y Castigo*, tiene una posición completamente



contraria a la Revolución Francesa. Su descripción es clara:

“Cuando se malearon, empezaron a hablar de la fraternidad y de la humanidad, y comprendieron esas ideas. Cuando se volvieron criminales, inventaron la justicia y redactaron códigos enteros para salvaguardarla, y para asegurarse del respeto a esos códigos levantaron la guillotina”.²

El literato ruso no escatima, pues, en críticas a la revolución. Su carácter directo y tajante deja entrever un rechazo absoluto a su proyecto, tanto en su origen como en su desarrollo y su etapa más polémica, la del Régimen del Terror. De acuerdo con la literatura, es posible rastrear como causa más próxima de su aversión a la Revolución su viaje a Francia en 1862:

“Dostoievsky no considerará la fecha de 1789 como un evento revolucionario ‘positivo’, sino como un signo del declive de Europa. Esto es especialmente evidente inmediatamente después de su primer viaje al continente, el que ocurrió en 1862”.³

A su vez, MacIntyre, auscultando el fenómeno revolucionario, sostiene una crítica al intento de construir una moral pública por parte de los “instruidos y alienados”, caracterización correspondiente a los ilustrados franceses –en contraposición a los escoceses, ingleses, alemanes, daneses y prusianos de la época–. He aquí su crítica:

¹ En este sentido, una obra relevante del autor francés es *Emilio* (1762). Para conocer una mirada crítica acerca de las consecuencias que tuvo en el ámbito educativo, véase Bloom, Allan, *The closing of the american mind*.

² Dostoievski. *Diario de un escritor*, p.336.

³ Morillas, Jordi. “The fight against french revolution: Dostoievsky as a political thinker”, en *The Dostoievsky Journal*, Vols. 8-9, p.4. Traducción propia. Texto original Dostoyevsky will no longer...”.

“En los clubs jacobinos vivía algo de Aristóteles — así como gran parte de Rousseau—, pero con un poder cultural muy limitado. ¿Por qué? La verdadera lección de los clubs jacobinos y de su caída es que no se puede reinventar la moral a escala de la nación entera, si el lenguaje mismo de la moral que se busca reinventar es, por una parte, ajeno a la gran masa de la gente común, y por otra lo es también a la élite intelectual. El intento de imponer la moralidad por el terror —la solución de Saint Just— es el expediente desesperado de los que ya vislumbran este hecho pero no quieren admitirlo. (Esto es, y no el ideal de virtud pública, argumentaría yo, lo que conduce al totalitarismo)”.⁴

Además, plantea cómo se ha pasado de una ética teleológica a una que no tiene en cuenta un fin en su esquema. Quedan, pues, dos remanentes, a saber: el contenido de la moral (privado de su carácter teleológico) y la naturaleza ineducada tal como es. Se puede constatar, pues, la ausencia del tercer elemento, la concepción del hombre-como-podría-ser-si-realizara-su-telos.⁵ Este ideal o finalidad se encuentra completamente ausente en los jacobinos. Se toma, en cambio, la naturaleza en su realidad fáctica —aspecto propio de la filosofía rousseauiana—, sin una dirección hacia un deber ser propio de la realización del ser humano.

Nietzsche, por su parte, considera la Revolución francesa como un nuevo triunfo de los esclavos, quienes, movidos por la ‘moral de rebaño’, derrocaron a la aristocracia dominante.⁶ Esta última encarnaba las verdaderas virtudes; virtudes que habrían sido invertidas por el cristianismo originariamente. Para Nietzsche,

“(…) Judea volvió a vencer otra vez sobre el ideal clásico con la Revolución francesa: la última nobleza política que había en Europa, la de los siglos XVII y XVIII franceses, sucumbió bajo los instintos populares del resentimiento”.⁷

Este hecho es completamente lamentable y solo Napoleón, en tanto que superhombre, logró superarlo.

Crítica parcial

Así como existen grandes pensadores que no conceden ningún punto a los revolucionarios o a las mentes detrás de la revolución, también se pueden encontrar casos de filósofos que matizan sus posiciones al respecto. Entre ellos, cabe destacar a Benjamin Constant, John Stuart Mill y Goethe.

Suizo de formación protestante, Constant fue contrario, sin embargo, al imperativo categórico kantiano. En 1819, lee en el Ateneo de París su célebre discurso *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*.

Respecto a la libertad antigua, la considera admirable. Pero los modernos no estarían dispuestos a pagar sus costos. Es como si los hombres hubieran cambiado de naturaleza.⁸ Pues, en la antigüedad, la vida giraba en torno a la vida pública. Basta ver las descripciones de Aristóteles sobre esta última. El ciudadano de la polis era totalmente activo.⁹



⁴ MacIntyre, Tras la virtud, p.293.

⁵ Cf. ibid, p.78. Para un mayor desarrollo de este punto, véase Peña, Jorge. “Las diversas acepciones de naturaleza en su relación con la cultura”, en *Ética de la libertad*, Instituto Res Publica, Santiago, 2013, pp.31-60.

⁶ Cf. Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, trad. Andrés Sánchez Pascual, Alianza Editorial, Madrid, 1996, §16.

⁷ Ibid.

⁸ Para conocer esta tesis en su origen, véase Tocqueville, *La democracia en América*.

⁹ Cabe acotar que la polis griega constituía una unidad política muy pequeña, lo que facilitaba, naturalmente, el ejercicio de una libertad como la descrita por Constant.

En la época moderna, nos encontramos con un contexto y un tipo de participación política diametralmente opuestos. Se habla de un “goce apacible”, en el que la vida política es pasiva y representativa. El ciudadano moderno delega, no participa directamente en la política. Lo que ocurrió con estos tipos de libertad, antigua y moderna, sin embargo, fue que se confundieron entre sí. Y la revolución no estuvo libre de sus consecuencias:

“(…) la confusión de estos dos tipos de libertad ha sido la causa de muchos males en momentos demasiado notorios de nuestra Revolución. Francia quedó exhausta tras experimentos inútiles, y sus autores, irritados por su falta de éxito, quisieron forzarla a disfrutar de un bien que no quería y la privaron del que deseaba. En segundo lugar, llamados como estamos a disfrutar de los beneficios del gobierno representativo por nuestra feliz Revolución (la llamo feliz, a pesar de sus excesos, en atención a sus resultados), resulta curioso e interesante investigar por qué este tipo de gobierno (...) fue prácticamente desconocido por las naciones libres de la Antigüedad”.¹⁰

A pesar de estar de acuerdo con principios de la declaración de 1789, Constant critica duramente los excesos del jacobinismo:

“me propongo probar que el terror no ha sido necesario a la salud de la república, que la república ha sido salvada a pesar del terror, que el terror ha creado la mayor parte de los obstáculos a los que se atribuye su caída (...) en una palabra, que el terror no ha hecho más que daño”.¹¹

El terror, pues, además de haber sido injusto, fue inútil. Ahora bien, resulta necesario hacer hincapié en la causa a la que alude Constant para explicar el desastre de los jacobinos:

“Uno de los errores fundamentales de los jacobinos fue entonces su anacronismo: pretender establecer un modelo antiguo de libertad en un mundo moderno”.¹²

Precisamente este fue el punto débil que condujo

al régimen del terror. Pues se anularon, en pos de los ideales de la revolución, la libertad individual y todos los derechos consiguientes. En suma, esta mala aplicación trajo consigo uno de los mayores despotismos de la historia de la humanidad.

Por su parte, uno de los más importantes filósofos de la tradición utilitarista, John Stuart Mill, también se opuso al desarrollo violento de la revolución:

“La noción de que el pueblo no tiene necesidad de limitar el poder del que dispone sobre sí mismo pudo parecer axiomática cuando el gobierno popular era algo con lo que solo cabía soñar, o sobre lo que se leía como si hubiera existido en un período remoto del pasado. Esta noción tampoco fue necesariamente perturbada por aberraciones temporarias tales como las de la Revolución Francesa, las peores de las cuales fueron obra de unos pocos usurpadores y que, en cualquier caso, no se debieron al funcionamiento permanente de las instituciones populares sino a un estallido repentino y convulsivo contra el despotismo monárquico y aristocrático”.¹³

El período violento no puede ser, bajo ninguna circunstancia, una instancia necesaria para el establecimiento de la democracia. Y Stuart Mill es consciente, por su parte, de que se debe limitar el Estado y no permitir la tiranía de la mayoría.

El rechazo expresado por el pensamiento decimonónico no termina ahí. Goethe, considerado por muchos como la persona más inteligente de la historia¹⁴, también se mostró contrario a los medios empleados en Francia. En su poema *Hermann y Dorotea*, su postura (a través del personaje del juez) es evidente:

“Porque ¿quién negará que sintió levantársele el pecho y latir más desembarazadamente con más limpio impulso al ver despuntar los primeros rayos de ese nuevo sol, al oír hablar de los derechos del hombre, a todos comunes, de la alentadora libertad y de la igualdad codiciable? (...) Mas no tardó en nublarse el cielo. Una generación corrompida, indigna de granjearse el bien, luchaba por el medro del poder.

10 Constant, *La libertad de los modernos*, p.74.

11 Constant, *Des effets de la terreur en De la force du gouvernement actuel de la France et de la nécessité de s'y rallier*, p.180.

12 Ferrero, Maximiliano. “El principio del mal. Rousseau, Constant y la revolución”, en *Tópicos*, N°37, 2019.

13 Mill, *Sobre la libertad*, p.45.

14 Para saber más al respecto, véase, e.g., las siguientes fuentes: *Estudio Cox-Miles* y la clasificación de Libb Thims.

Matábanse y oprimíanse unos y otros los flamantes vecinos y hermanos, echando por delante a las egoístas masas”.¹⁵

Podemos colegir, entonces, que Goethe, a pesar de tener una buena opinión acerca de los ideales buscados por la Revolución, no tarda en describir cómo esta se corrompió por completo.

Es posible afirmar, entonces, que existen pensadores de diversas tradiciones, desde

Dostoievski hasta Nietzsche, que presentan una visión crítica e, incluso contraria a la Revolución Francesa; postura que, no obstante, varía en grado. Ahora, sin perjuicio de dichos matices en los autores, podemos afirmar con certeza lo siguiente: a la luz de los medios empleados para imponer un determinado concepto de libertad, el régimen del terror fue intrínsecamente malo, y el origen de graves consecuencias políticas y sociales en la sociedad Europea.

BIBLIOGRAFÍA

Constant, Benjamin, *Des effets de la terreur en De la force du gouvernement actuel de la France et de la nécessité de s’y rallier*.

Constant, Benjamin, *La libertad de los modernos*, trad. Ángel Rivero, Alianza editorial, Madrid, 2019.

Dostoievski, Fiódor, *Diario de un escritor*, Fundación Carlos Slim, Ciudad de México.

Ferrero, Maximiliano. “El principio del mal. Rousseau, Constant y la revolución”, en *Tópicos*, N°37, 2019.

Von Goethe, Johann Wolfgang, *Hermann y Dorotea*.

MacIntyre, Alasdair, *Tras la virtud*, trad. Amelia Valcárcel, Austral, Barcelona, 2013.

Morillas, Jordi. “The fight against french revolution: Dostoevsky as a political thinker”, en *The Dostoievski Journal*, Vols. 8-9, pp. 1-24.

Nietzsche, Friedrich, *La genealogía de la moral*, trad. Andrés Sánchez Pascual, Alianza Editorial, Madrid, 1996.

Stuart Mill, John, *Sobre la libertad*, trad. Lucas Bidon-Chanal, Bernal, Buenos Aires, 2013.

¹⁵ Goethe. *Hermann y Dorotea*.